

TRAGEDIA DE ENSUENO

(Han dejado abierta la casa y parece abandonada... El niño duerme fuera, en la paz de la tarde que agoniza, bajo el emparado de la vid. Sentada en el umbral, una vieja mueve la cuna con el pie, mientras sus dedos arrugados hacen girar el huso de la rueca. Hila la vieja, copo tras copo, el lino moreno de su campo. Tiene cien años, el cabello plateado, los ojos faltos de vista, la barbata temblorosa.)

LA ABUELA

¡Cuántos trabajos nos aguardan en este mundo! Siete hijos tuve, y mis manos tuvie-

ron que coser siete mortajas... Los hijos me fueron dados para que conociese las penas de criarlos, y luego, uno á uno, me los quitó la muerte cuando podían ser ayuda de mis años. Estos tristes ojos aún no se cansan de llorarlos. ¡Eran siete reyes mozos y gentiles!... Sus viudas volvieron á casarse, y por delante de mi puerta vi pasar el cortejo de sus segundas bodas, y por delante de mi puerta vi pasar después los alegres bautizos... ¡Ah! Solamente el corro de mis nietos se deshojó como una rosa de Mayo... ¡Y eran tantos, que mis dedos se cansaban hilando día y noche sus pañales!... A todos los llevaron por ese camino donde cantan los sapos y el rruiseñor. ¡Cuánto han llorado mis ojos! Quedé ciega viendo pasar sus blancas cajas de ángeles. ¡Cuánto han llorado mis ojos y cuánto tienen todavía que llorar! Hace tres noches que aúllan los perros á mi puerta. Yo esperaba que la muerte me dejase este nieto pequeño, y también llega por él... ¡Era, entre

todos, el que más quería!... Cuando enterraron á su padre aún no era nacido: cuando enterraron á su madre aún no era bautizado... ¡Por eso era, entre todos, el que más quería!... Ibale criando con cientos de trabajos. Tuve una oveja blanca que le servía de nodriza, pero la comieron los lobos en el monte... ¡Y el nieto mío se marchita como una flor! ¡Y el nieto mío se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas, que no pueden contemplar el amanecer!

(La vieja llora y el niño se despierta. La vieja se inclina sollozando sobre la cuna, y con las manos temblorosas la recorre á tientas, buscando dónde está la cabecera. Al fin se incorpora con el niño en brazos: le oprime contra el seno, árido y muerto, y lloran hilo á hilo sus ojos ciegos: con las lágrimas detenidas en el surco venerable de las arrugas, canta por ver de acallarle. Canta la abuela una antigua tonadilla. Al oirla se

33957

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, N. L.

detienen en el camino tres doncellas que vuelven del río, cansadas de lavar y tender, de sol á sol, las ricas ambas de hilo de Arabia. Son tres hermanas azafatas en los palacios del Rey: la mayor se llama Andara, la mediana Isabela, la pequeña Aladina.)

LA MAYOR

¡Pobre abuela, canta para matar su pena!

LA MEDIANA

¡Canta siempre que llora el niño!

LA PEQUEÑA

¿Sabéis vosotras por qué llora el niño?... Aquella oveja blanca que le criaba se extravió en el monte, y por eso llora el niño...

LAS DOS HERMANAS

¿Tú le has visto?... ¿Cuándo fué que le has visto?

LA PEQUEÑA

Al amanecer le vi dormido en la cuna. Está más blanco que la espuma del río donde nosotras lavamos. Me parecía que mis manos al tocarle se llevaban algo de su vida, como si fuese un aroma que las santificase.

LAS DOS HERMANAS

Ahora al pasar nos detendremos á besarle.

LA PEQUEÑA

¿Y qué diremos cuando nos interroge la abuela?... A mí me dió una tela hilada y tejida por sus manos para que la lavase, y al mojarla se la llevó la corriente...

LA MEDIANA

A mí me dió un lenzuelo de la cuna, y al tenderlo al sol se lo llevó el viento...

LA MAYOR

A mí me dió una madeja de lino, y al reco-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
1905. TERCER MONTECERRE, MEXICO

gerla del zarzal donde la había puesto á secar, un pájaro negro se la llevó en el pico...

LA PEQUEÑA

¡Yo no sé qué le diremos!...

LA MEDIANA

Yo tampoco, hermana mía.

LA MAYOR

Pasaremos en silencio. Como está ciega no puede vernos.

LA MEDIANA

Su oído conoce las pisadas.

LA MAYOR

Las apagaremos en la hierba.

LA PEQUEÑA

Sus ojos adivinan las sombras.

LA MAYOR

Hoy están cansados de llorar.

LA MEDIANA

Vamos, pues, todo por la orilla del camino, que es donde la hierba está crecida.

(Las tres hermanas, Andara, Isabela y Aladina, van en silencio andando por la orilla del camino. La vieja levanta un momento los ojos sin vista; después sigue meciendo y cantando al niño. Las tres hermanas, cuando han pasado, vuelven la cabeza: Se alejan y desaparecen, una tras otra, en la revuelta. Allá, por la falda de la colina, asoma un pastor: Camina despacio, y al andar se apoya en el cayado: Es muy anciano, vestido todo de pieles, con la barba nevada y solemne: Parece uno de aquellos piadosos pastores que adoraron al Niño Jesús en el establo de Belén.)

EL PASTOR

Ya se pone el sol. ¿Por qué no entras en la casa con tu nieto?

LA ABUELA

Dentro de la casa anda la muerte... ¿No la sientes batir las puertas?

EL PASTOR

Es el viento que viene con la noche...

LA ABUELA

¡Ah!... ¡Tú piensas que es el viento!... ¡Es la muerte!...

EL PASTOR

¿La oveja no ha parecido?

LA ABUELA

La oveja no ha parecido, ni parecerá...

EL PASTOR

Mis zagales la buscaron dos días enteros... Se han cansado ellos y los canes...

LA ABUELA

¡Y el lobo ríe en su cubill...

EL PASTOR

Yo también me cansé buscándola.

LA ABUELA

¡Y todos nos cansaremos!... Solamente el niño seguirá llamándola en su lloro, y seguirá, y seguirá...

EL PASTOR

Yo escogeré en mi rebaño una oveja mansa.

LA ABUELA

No la hallarás. Las ovejas mansas las comen los lobos.

EL PASTOR

Mi rebaño tiene tres canes vigilantes. Cuando yo vuelva del monte, le ofreceré al niño una oveja con su cordero blanco.

LA ABUELA

¡Ah! ¡Cuánto temía que la esperanza lle-

gase y se cobijara en mi corazón como en un nido viejo abandonado bajo el alar!...

EL PASTOR

La esperanza es un pájaro que va cantando por todos los corazones.

LA ABUELA

Soy una pobre desvalida, pero mientras conservasen tiento mis dedos, hilarían para tu regalo cuanta lana diere la oveja. ¡Pero no vivirá el nieto mío!... Hace ya tres días, desde que aúllan los perros, cuando le alzo de la cuna siento batir sus alas de ángel como si quisiese aprender á volar...

(Vuelve á llorar el niño, pero con un vagido cada vez más débil y desconsolado: vuelve su abuela á mecerle con la antigua tonadilla. El pastor se aleja lentamente, pasa por un campo verde, donde están jugando á la rueda... Canta el corro infantil la misma tonadilla que la abuela: al deshacerse, unas niñas, con la falda llena de flores, se

acercan á la vieja, que no las siente, y sigue meciendo á su nieto. Las niñas se miran en silencio y se sonríen. La abuela deja de cantar y acuesta al nieto en la cuna.)

LAS NIÑAS

¿Se ha dormido, abuela?

LA ABUELA

Sí, se ha dormido.

LAS NIÑAS

¡Qué blanco está!..... ¡Pero no duerme, abuela!...

LA ABUELA

¿Habéis dicho que no duerme?

LAS NIÑAS

Tiene los ojos abiertos... Parece que mira una cosa que no se ve...

LA ABUELA

¡Una cosa que no se ve!... ¡Es la otra vida!...

LAS NIÑAS

Se sonríe y cierra los ojos...

LA ABUELA

Con ellos cerrados seguirá viendo lo mismo que antes veía. Es su alma blanca la que mira.

LAS NIÑAS

¡Se sonríe!... ¿Por qué se sonríe con los ojos cerrados?...

LA ABUELA

Sonríe á los ángeles.

(Una ráfaga de viento pasa sobre las sueltas cabelleras, sin ondularlas. Es un viento frío que hace llorar los ojos de la abuela. El nieto permanece inmóvil en la cuna. Las niñas se alejan, pálidas y miedosas, lentamente, en silencio, cogidas de la mano.)

LA ABUELA

¿Dónde estáis?... Decidme, se sonríe aún?

LAS NIÑAS

No, ya no se sonríe...

LA ABUELA

¿Dónde estáis?

LAS NIÑAS

Nos vamos ya...

(Se sueltan las manos y huyen. A lo lejos suena una esquila. La abuela se encorva escuchando... Es la oveja familiar, que vuelve para que mame el niño: Llega como el don de un Rey Mago, con las ubres llenas de bien. Reconoce los lugares y se acerca con dulce balido: trae el vellón peinado por los tojos y las zarzas del monte. La vieja extiende sobre la cuna las manos para levantar al niño. ¡Pero las pobres manos arrugadas, temblonas y seniles, hallan que el niño está yerto!)

LA ABUELA

¡Ya me has dejado, nieto mío! ¡Qué sola

me has dejado! ¡Oh! ¿Por qué tu alma de ángel no puso un beso en mi boca y se llevó mi alma cargada de penas?... Eras tú como un ramo de blancas rosas en esta capilla triste de mi vida... Si me tendías los brazos, eran las alas inocentes de los rui-señores que encantan en el cielo á los Santos Patriarcas: si me besaba tu boca, era una ventana llena de sol que se abría sobre la noche... ¡Eras tú como un cirio de blanca cera en esta capilla obscura de mi alma!... ¡Vuélveme al nieto mío, muerte negra!... ¡Vuélveme al nieto mío!...

(La abuela, con los brazos extendidos, entra en la casa desierta seguida de la oveja... Bajo el techado resuenan sus gritos... Y el viento anda á batir las puertas...)

* * * * *

UN CABECILLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. IGES MONTERREY, MEXICO



De aquel molinero viejo y silencioso que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del monte Rouriz guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus facciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiésemme quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle: era nudoso, seco y fuerte, como el tronco de una vid patriarcal: los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentan en las ocacidades de los pó-

mulos las estatuas de los claustros desmantelados: sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia: tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

*

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la primera guerra civil, echóse al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta á batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida á su hijo Juan María y se internaba en la montaña, seguro, como lobo que tiene en ella

su cubil. Cuando menos se le esperaba, reaparecía cargado con su escopeta llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano de aspecto torpe y asustadizo que, de fuerza ó de grado, venía á engrosar las filas. A la ida y á la vuelta solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban las familias, que eran los nietos, y de las piedras que molían.

Cierta tarde de verano llegó y hallólo todo en desorden. Atada á un poste de la parral, la molinera desdichábase y llamaba inútilmente á sus nietos, que habían huído á la aldea: el galgo aullaba, con una pata mal trecha en el aire: la puerta estaba rota á culatazos, y el grano y la harina alfombraban el suelo: sobre la artesa se veían aún resíduos del yantar interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño revuelta y destripada... El cabecilla contempló tal desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse, acercóse á su mujer mur-

murando, con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

—¿A qué hora vinieron los civiles? ¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar, desatóse en denuestos contra aquellos enemigos malos que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía. El marido le miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado:

—¡Ay, demonio! ¡No eres tú la gran condenada que á mí me engaña! Tú les has dicho dónde está la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo:

—¡Arrepara, hombre, de qué hechura esos verdugos de Jerusalem me pusieron! ¡Atada mismamente como Nuestro Señor!

El guerrillero repitió, blandiendo furioso la escopeta:

—¡A ver cómo respondes, puñela! ¿Qué les has dicho?

—¡Pero considera, hombre!...

Calló, dando un gran suspiro, sin atreverse á continuar, tanto la imponía la faz arrugada del viejo. El no volvió á insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba á matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra, la empujó obligándola á que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear:

—¡Ay! ¡Hijos de mis entrañas! ¿Por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir dónde estábades? Vos, como soles. Yo, una vieja con los pies para la cueva. Precisaba de andar mil años peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay, mis hijos! ¡Mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía, mesándose los y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empujaba con la

culata de la escopeta, pero sin brusquedad, sin ira, como á vaca mansísima nacida en la propia cuadra, que por acaso cerdea. Salieron de la era abrasada por el sol de un día de Agosto, y después de atravesar los prados del Pazo de Melías, se internaron en el hondo caminejo de la montaña, tan fresco con sus humedades de gruta, tan fragante con sus setos de florido saúco, tan lleno de alegres sustos con sus pasaderas bailarinas, tan amenazador con sus reveltas y encrucijadas, tan trágico con sus cruces negras, que recuerdan algún sangriento suceso, y tan viejo, tan viejo que hasta en las lajas tiene impresas las huellas de los carros, surcos llenos de agua turbia, que semejan arrugas de la edad, labradas siglo tras siglo en la trocha sombría, granítica y salvaje. La mujer suspiraba:

—¡Virgen Santísima no me desampares en esta hora!

Anduvieron sin detenerse hasta llegar á

una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas. El cabecilla encaramóse sobre un bardal y oteó receloso cuanto de allí alcanzaba á verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo:

—Sabela, arrodíllate junto al retablo de las benditas.

La mujer obedeció temblando. El viejo, se enjugó una lágrima:

—Encomiéndate á Dios, Sabela.

—¡Ay, hombre, no me matès! ¡Espera tan siquiera á saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El guerrillero volvió á pasarse la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de madera, con engaste de alambriño dorado, y dióle á la vieja, que lo recibió sollozando. Aseguróse mejor sobre el bardal, y murmuró austero:

—Está bendito por el señor obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

El mismo se puso á rezar con monótono y frío visviseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fué poco á poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas quedaban trémulas las lágrimas: sus manos agitadas por temblequeteo senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario: inclinóse golpeando el pecho y besó la tierra con unción. El viejo murmuró:

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana:

—¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vió al terrible viejo echarse la escopeta á la cara y apuntar, se levantó despavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos:

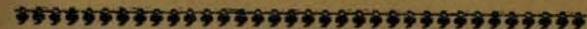
—¡No me mates! ¡No me mates, por el alma de...!

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada. El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse á cargar la escopeta, huyó en dirección de la montaña. Había columbrado hacía un momento, en lo alto de la trocha, los tricornios enfundados de dos guardias civiles.

*

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó esta historia terrible, temblé recordando la manera asaz expresiva con que despedí en la Venta de Brandeso al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad solapada y granítica de aquella esfinge tallada en viejo y lustroso roble.

LA MISA DE SAN ELECTUS



Las mujerucas que llenaban sus cántaros en la fuente comentaban aquella desgracia con la voz asustada.

Eranse tres mozos que volvían cantando del molino, y á los tres habíales mordido el lobo rabioso que bajaba todas las noches al casal. Los tres mozos, que antes eran encendidos como manzanas, ahora íbanse quedando más amarillos que la cera. Perdido todo contento, pasaban los días sentados al sol, enlazadas las flacas manos en torno de las rodillas, con la barbata hincada en ellas. Y aquellas mujerucas que se reunían á platicar en la fuente, cuando pasaban ante ellos solían interrogarles:

—¿Habéis visto al saludador de Cela?

—Allá hemos ido todos tres.

—¿No vos ha dado remedio?

—Para este mal no hay remedio.

—Vos engañáis rapaces. Remedio lo hay para todas las cosas queriendo Dios.

Y se alejaban las mujerucas encorvadas bajo sus cántaros, que goteaban el agua, y quedábanse los tres mozos mirándolas con ojos tristes y abatidos, esos ojos de los enfermos á quienes les están cavando la hoya. Ya llevaban así muchos días, cuando con el aliento de una última esperanza se reanimaron y fueron juntos por los caminos pidiendo limosna para decirle una misa á San Electus. Cuando llegaban á la puerta de las casas hidalgas, las viejas señoras mandaban socorrerlos, y los niños, asomados á los grandes balcones de piedra, los interrogaban:

—¿Hace mucho que fuísteis mordidos?

—Cumpliéronse tres semanas el día de San Amaro.

—¿Es verdad que venfais del molino?

—Es verdad, señorines.

—¿Y no pudisteis defenderos?

—¡Mal pudimos!... El lobo aparecióse de súbito entre nosotros, con los ojos relucientes y aullando, que metía miedo.

—¿Era muy de noche?

—Como muy de noche no era, pero iba cubierta la luna y todo el camino hacía obscuro.

—¿Y cómo sabéis que estaba rabioso el lobo?

—Porque luego entróse en una majada, donde mordió casi que todas las ovejas, y otro pastor lo mató.

Y los tres mozos, luego de recibir la limosna, seguían adelante. Tornaban á recorrer los caminos y á contar en todas las puertas la historia de cómo el lobo les había mordido. Cuando juntaron la bastante

limosna para la misa, volviéronse á su aldea. Era el caer de la tarde, y caminaban en silencio por aquella vereda del molino donde les saliera el lobo. Los tres mozos sentían un vago terror. No se había puesto el sol y el borroso creciente de la luna ya asomaba en el cielo. La tarde tenía esa claridad triste y otoñal que parece llena de alma. El arco iris cubría la aldea, y los cipreses oscuros y los álamos de plata parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Los tres mozos caminaban en hilera, y sólo se oía el choclear de sus madreñas. Antes de entrar en la aldea se detuvieron en la rectoral, que era una casona vieja situada en la orilla del camino. El abad se paseaba en la solana, y ellos subieron humildes, quitándose las monteras:

—¡A la paz de Dios, señor abad!

—¡A la paz de Dios!

—Aquí venimos para que le diga una misa al glorioso San Electus.

—¿Habéis juntado buena limosna?

—Son muchos á pedir y pocos á dar, señor abad.

—¿Cuándo queréis que se diga la misa?

—Como querer, queríamos mañana.

—Mañana se dirá, pero ha de ser con el alba, porque tengo pensado ir á la feria...

Después los tres mozos se despedían agradecidos, con una salmodia triste. Siempre en silencio, caminando en hilera, entraron en la aldea, y guarecidos en un pajar pasaron la noche. Al amanecer, el que se despertó primero llamó á los otros dos:

—¡Alzarse, rapaces!

Se incorporaron penosamente, con los ojos llenos de angustia y la boca hilando babas. Los dos gimieron: el uno dijo:

—¡No puedo moverme!...

Y el otro:

—¡Por compasión, ayudadme!

Y sollozaron medio sepultados en la paja,

fijos sus ojos tristes y cavados en el compañero que estaba de pie, y se quejaron alternativamente: el uno:

—¡Sácame al sol, que aquí muero de frío!
Y el otro:

—¡Por el alma de tus difuntos no nos dejes en este desamparo!

Sus voces sonaban iguales. El compañero les interrogaba asustado:

—¿Qué vos sucede?

Y las voces estranguladas gemían:

—¡Por caridad, sácanos al sol!

El compañero acudió á valerles, pero como tenían las piernas baldadas, fué preciso dejarlos allí con la puerta del pajar abierto, para que las almas caritativas que pasasen pudiesen socorrerlos. Al despedirse de ellos, lloraba el compañero:

—Ya tocan para la misa: yo la oiré por vosotros. No desesperéis, que á todos que-rrá sanarnos el glorioso San Electus.

Salió, y por el camino seguía oyendo las

dos voces estranguladas, que parecían una sola:

—¡Lábrame de penar, divino San Electus!

—¡Divino San Electus, no me dejes morir en estas pajas como un can!

A la puerta de la iglesia un niño aldeano tocaba á misa tirando de una cadena. Estaba abierta la puerta, y el abad todavía por revestir arrodillado en el presbiterio. Algunas viejas en la sombra del muro rezaban las estaciones: tenían tocadas sus cabezas con los mantelos, y de tiempo en tiempo resonaba una tos. El mozo atravesó la iglesia procurando amortiguar el ruido de sus madreñas, y en las gradas del altar se arrodilló haciendo la señal de la cruz. El niño que tocaba la campana vino á encender las velas. Poco después el abad salía revestido, y comenzaba la misa. El mozo, acurrucado en las gradas del presbiterio rezaba devoto: caído en tierra recibió la bendición. Cuando volvió al pajar ca-

minaba arrastrándose, y durante todo aquel día el quejido de tres voces, que parecían una sola, llenó la aldea, y en la puerta del pajar hubo siempre alguna mujeruca que asomaba curiosa. Murieron en la misma noche los tres mozos, y en unas andas, cubiertos con sábanas de lino, los llevaron á enterrar en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandeso.

* * * * *

EL REY DE LA MASCARA